

S. D. Cateme V. viudo de la noche á la mañana, y con quatro chiquillas, que mejor quisiera tener quatro gibas en las espaldas. Mi muger, que estaba embarazada, se sintió mala una de las noches pasadas y ocurrimos á los auxilios ordinarios de hacer venir á casa á la partera, quien despues de haber molestado con sus chiqueos é imper-tinencias á dos ó tres criados hasta obligarme á mi á ir personalmente por ella, no obstante lo obscuro y lluvioso de la noche; vino por último y á beneficio de sus diligencias, y de un brebago que le encajó á la enferma, se extravió el parto, y mi muger arrojó juntamente con la criatura la vida. Yo, penetrado de tan agudo dolor, me preocupé de tal modo, que sinó huviera sido así, creo que huviera asesinado á la que tan impunemente lo acababa de hacer con mi muger: me arrepenti una y mil veces de haber sido tan condescendiente con ella, que por un principio mal entendido de honestidad, y por el estilo comun del pais, no havia querido que la asistiese un cirujano, y quando ya el dolor pudo dar lugar á la reflexion, maldixe con todo mi corazon á mi debilidad, y á la costumbre tan general que tenemos de valerlos de unas mugeres barbaras, sin mas escuela que la de haber ellas parido, para la asistencia de nuestras esposas en el punto mas crítico, en que se interesa su vida, nuestra felicidad, y la de nuestros hijos.

¿Será posible que habiendo aprendizaje, exâmen, gremios, y veedores ó celadores para cuidar del barbero que nos ha de afeitar, del zapatero que nos ha de hacer el calzado, del sastre que nos ha de vestir &c. &c. no hemos de tener escuela, exâmen, y precauciones para un arte tan delicado y tan espuesto como el de ayudar á parir á la muger? ¿No se interesa en esto, la vida del hombre, y el bien de la humanidad? ¿Y si en la capital son tan frequentes estos sucesos, y á qualquiera vieja se le permite exercer el oficio de comadrona, tenga ó no instruccion para ello, que será en lo interior del Reyno, y principalmente en los pueblos?

Señor diarista: dé V. un aviso tan importante al público, para que destierre semejantes preocupaciones, y no lllore como yo, y otros muchos, la perdida de lo mas amable que puede tener un hombre en esta vida. *El Viudo.*

S. D. No espere V. de mí nada bueno. Soy un pobre labrador, que no entiendo latines, teologias, ni nada de aquello que hace sabios á los hombres. Leo muy medianamente el castellano, y eso en unos quantos libros de doctrina christiana, que me sirven de instruccion, haciendome capaz de enseñar á mis hijos. Fuera de estos libros no tengo otro que el gran libro del universo, cuyas ojas estan siem-
pre-